

TEORIA CRITICA DE LA LITERATURA

DI GIROLAMO, C.

Ed. Critica, Barcelona, 1982, 156 págs.

A lo largo de diez capítulos, precedidos de una introducción, el autor de este libro pretende demostrar la falta de validez o las contradicciones de ciertas hipótesis presentadas hasta ahora como verdades científicas. Pero señalemos en primer lugar las partes en que esta obra se divide y observemos lo sugestivo de sus títulos:

Introducción.— *Glosemática y teoría de la literatura.*

- I. Lengua estándar y lengua literaria.*
- II. Usos y funciones del lenguaje.*
- III. La dominante.*
- IV. El papel del destinatario.*
- V. Retórica y poética.*
- VI. Uso y consumo de la literatura.*
- VII. Crítica literaria y análisis del texto.*
- VIII. Los géneros del discurso.*
- IX. El texto literario como mensaje.*
- X. Competencia lingüística y competencia literaria.*

En los cinco primeros capítulos se plantea una serie de problemas cuya solución aparecerá esbozada en los cinco últimos.

Girolamo, en la introducción, se sitúa en la perspectiva de la glosemática de Hjelmslev, y trata de establecer las bases para una mejor utilización de sus hipótesis en la teoría del texto literario. Hjelmslev destaca la importancia de los connotadores, pues una semiótica denotativa expone la complejidad de los actos de la comunicación; pero el autor de los "Prolegómenos" no aclara la naturaleza de la semiótica connotativa, y muchos autores, entre ellos Barthes, la han interpretado de la siguiente forma: lengua común semiótica denotativa; lengua literaria= semiótica connotativa.

Hjelmslev en los “Prolegómenos”, al hablar de connotadores, no se refiere en concreto a la literatura, de lo que se deduce que la semiótica connotativa no se identifica con la lengua literaria. La connotación no puede ser marca del hecho literario, porque tanto la connotación como la denotación se dan en cualquier hecho lingüístico.

A la vez que se da relevancia a este hecho, se destaca en este libro la importancia de someter a la lingüística el estudio de los hechos literarios.

La interpretación equivocada de las teorías de Hjelmslev se encuentra, según Girolamo, en una tradición cuyo objetivo ha sido la búsqueda de la literariedad, es decir, de propiedades que transformen un texto en lengua literaria. Para llegar hasta las propiedades específicas de lo literario, los formalistas oponen la serie literaria a la lengua estándar, y lo mismo hacen los miembros del Círculo de Praga. Los puntos débiles de este procedimiento se encuentran en lo siguiente:

1) No todas las desviaciones con respecto a la lengua estándar constituyen connotadores literarios.

2) La comparación de elementos debe partir de la homogeneidad de estos, pero lengua estándar y lengua literaria no son elementos homogéneos. En este caso se está comparando la *langue* con la *parole*.

3) La lengua estándar es una entidad no definida.

Un nuevo ataque a la teoría formalista se dirige concretamente hacia las funciones del lenguaje. Muy tempranamente, los partidarios del formalismo opusieron *función práctica* a *función estética*; Ogden y Richards señalaban la existencia de cinco funciones que podían reducirse a “uso simbólico” y “uso emotivo”; Jakobson elaboró la teoría más precisa en relación con las funciones del lenguaje, y definió función estética como “la orientación hacia el mensaje como tal, el mensaje por el mensaje”. Jakobson considera, por tanto, que la poesía, no presenta finalidad alguna que resulte ajena a sí misma y afirma que no existe en ella carácter referencial. La función poética se presenta entonces como dominante del texto literario, aunque no niega que puedan aparecer a su lado otras funciones. La dominante se define como “elemento focal de la obra de arte: ella gobierna, determina y transforma los demás elementos”.

La crítica presentada por Girolamo a las teorías de Jakobson se basan en que la determinación de la dominante es subjetiva o depende del contenido del texto, cuestión esta última inaceptable para Jakobson. Por consiguiente, la idea de la dominante no ha de considerarse válida, ni tampoco la ausencia de intención utilitaria de las obras, ya que un elevado número de obras, de cuyo carácter literario no se duda, contiene intenciones utilitarias.

Con respecto al papel del destinatario, observa Girolamo que, si intentamos basar en él un sistema de valores literarios, acabaríamos en una sociología de la literatura. Así pues, no sería válido adoptar este punto de vista.

J. Ellis aporta la idea de “actualidad”: el texto literario se considera como tal si tiene actualidad para una comunidad que se encuentra fuera de las circunstancias en que el texto se produjo. Pero queda sin determinar el concepto de comunidad.

Si se recurre a la historia literaria, no quedará bien delimitado el campo de estudio. En cuanto al método sociológico del marxismo, no admite las definiciones generales en materia de arte, al considerar que el arte presupone un público y se realiza como tal en el acto del consumo.

La retórica, que hubiese podido resultar un instrumento útil de análisis y clasificación, se ha puesto al servicio de las estéticas del arte por el arte. Según el autor de la obra que re-

señamos, la retórica debe vincularse a la lingüística “como disciplina sincrónica, descriptiva y no normativa, sin limitarse a los textos literarios”. En este terreno, Girolamo presenta la postura de Orlando como la más interesante: la literariedad de un texto depende de una tasa de todo tipo de figuras. Así los textos entrarán en una escala que no depende de valoraciones estéticas. También postula Orlando la hipótesis de la homogeneidad entre la presencia de figuras y un discurso ideológico tendencioso. Orlando rechaza la no referencialidad del texto literario.

Girolamo afirma que lo literario se ha convertido en un lujo para el pensamiento crítico actual. A ello han contribuido los formalistas y semejante concepción de lo artístico es calificada de burguesa. La postura defendida por el autor de “Teoría crítica de la literatura” es la de la capacidad del arte de influir en los hombres, así como la existencia de referencialidad en las obras literarias.

El papel del público se considera decisivo a la hora de establecer si algunos usos particulares del lenguaje pertenecen o no a lo literario, porque “antes de su intervención”, el texto es sólo texto; el objeto literario existe gracias a la atención del lector”. Si esto es así, el trabajo del lingüista y del crítico sólo se diferenciarán en el punto de vista y en los niveles de análisis, pero todo producto del lenguaje se estudiará con los mismos instrumentos.

Se reconoce la existencia de géneros y estilos, que no serán prescriptivos, sino descriptivos. A través de ellos se observan los distintos procedimientos que actúan en la composición de los textos. Los estilos resultan de la combinación de estilos que existen en la lengua. Tampoco la noción de género será exclusiva de los textos literarios, considerando que género será un conjunto de opciones retóricas, de tono y de estilo relativamente precisos. La literariedad es percibida por el público en un conjunto de textos solidarios entre sí en virtud del género a que pertenecen; pero no se puede establecer una oposición entre géneros literarios y no literarios, pues aquí entraría la valoración estética y moral.

Concluye Girolamo diciendo que una teoría literaria no puede partir de las propiedades intrínsecas del texto. Propone, además, una nueva concepción del arte que lo saque del monopolio de las minorías y relegue a un segundo término la idea de “valor estético”.

Catalina PERALONSO GONZALEZ